

El termo del poeta Westphalen

Pero, ¿qué sería recuperable si antes no fue sacudido, renegado, desdicho, transfigurado?

Emilio Adolfo Westphalen

Nos dimos cita en Tanta, el último poblado a inmediaciones del Nevado del Pariacaca, en Perú. El grupo de personas que allí nos reunimos no nos conocíamos previamente, fuimos convocados por correo electrónico y de la misma manera se nos hizo llegar un pasaje y ciertas instrucciones. No sabemos cómo o porqué fuimos invitados para dar testimonio sobre el deshielo del nevado sagrado, tropical y bicéfalo de los Incas.

Según las instrucciones, podíamos llevar los materiales y herramientas que pudiéramos necesitar para dicho fin. También se hacía hincapié sobre el equipo para soportar bajas temperaturas que debía ser térmico e impermeable y se nos sugirió tomar un cierto medicamento para aligerar la sangre.

Nahú, mi compañero y yo, vivimos en la ciudad de Oaxaca en un valle rodeado por cerros chaparros al sur de México. Nuestro invierno lo provocan ocasionales ondas frías que vienen del norte y la violencia de este país que nos hace sentir que *la muerte que mira con los ojos de los vivos* anda entre nosotros. Lo cierto es que no teníamos los abrigo necesarios, tampoco nuestros amigos o familiares. El vecino nos prestó una bufanda sintética y nos sugirió llevar un termo, según su experiencia, beber líquidos calientes a bajas temperaturas, era fundamental. Los preparativos para el viaje comenzaron a agobiarnos.

El Apu Pariacaca es ahora un adoratorio Inca bastante olvidado, del que sólo queda un grupo de escalones solitarios. Al Apu se le atribuye la capacidad de realizar milagros. Tal vez por eso fuimos invitados, de manera sorpresiva, a formar parte dicha expedición, tal vez por eso encontramos de casualidad a un amigo que nos ayudó a resolver el problema de los abrigo.

El deshielo del Paricaca puede corresponder a dos posibilidades: Una provocada por lo que llamamos calentamiento global o el cumplimiento de cierta

condena y la consecuente liberación del dios Pariacaca de su celda de hielo. Ambas opciones conllevan un fin trágico para las poblaciones que se abastecen del agua de sus ríos: la aridez.

Me pregunto si no es contradictorio organizar una expedición que reúne a personas traídas de lejos. Me preguntaba todo esto, aún antes de emprender el viaje, mientras mirábamos las montañas de ropa a las que nos tuvimos que enfrentar para conseguir nuestros abrigos. En el mercado central de abastos de Oaxaca, existen bodegas donde se revende ropa usada traída de manera ilegal desde Estados Unidos. Después de perdernos varias horas en esas montañas coloridas y blandas, salimos victoriosos con prendas especializadas contra el frío y la lluvia.

Nuestro viaje desde Oaxaca hasta Tanta duró varios días, a penas llegar emprendimos la caminata con el grupo de participantes y contingentes de llamitas cargadas con nuestro equipaje, rumbo al campamento base. Conforme avanzamos las montañas se iban haciendo descomunales y nosotros minúsculos. Era difícil recordar que lo que presenciábamos era considerado una tragedia, aunque tal vez por eso, el paisaje era tan bello que provocaba una suerte de dolor.

Durante la breve parada en Lima unas amigas nos hicieron recomendaciones para soportar la altura, nos regalaron hojas de coca y una de ellas nos prestó el termo del poeta Westphalen, su padre; de nuestra lista de necesidades básicas era lo único faltante. En Tanta una anciana, al comentarle que pasaríamos diez días en la montaña, nos acompañó a conseguir cosas que, a su parecer, eran imprescindibles: Sombrero, vaselina y perfume.

Por fin llegamos al campamento base. Nos recibieron dos hombres que se presentaron como los cocineros del altura y dos mujeres jóvenes oriundas de Tanta, nuestras anfitrionas. El campamento lo conformaban cuatro tiendas de campaña grandes para uso común, cocina, comedor, almacén y espacio de trabajo y varias tiendas pequeñas donde fuimos distribuidos en grupos de dos o tres. Cenamos delicioso y nos fuimos a descansar. Nunca antes habíamos sentido tanto frío.

Los primeros días aparte de minúsculos, éramos lentos. Los pensamientos llegaban desfasados y desplazarse requería de un gran esfuerzo. Lluvia, viento,

granizo, nieve, aguanieve y sol calcinante, todo sucedía casi en simultáneo. Comenzamos a cuestionarnos el motivo de nuestra presencia en un lugar donde no podíamos hacer nada, ni siquiera salir de la tienda de campaña. Comenzamos a pensar que al Apu no le agradaba nuestra visita tan estruendosa. Nos reunimos en un pequeño montículo y juntos realizamos una ofrenda con hojas de coca, pisco y cacao. Al día siguiente el clima mejoró: *Un rayo de sol incubando otro rayo de sol.*

Toda la noche era unos puntos inmensos y nos sentíamos sorbidos por esos ojos que hacían las noches intranquilas. Soñé que las montañas de ropa donde encontramos nuestros abrigos formaban una sola e inmensa acumulación para suplantar al Apu. Cada mañana, un poco nerviosa, salía a confirmar que el Pariacaca siguiera en su sitio.

A partir del tercer día ya adaptados al ritmo marcado por el paisaje comenzamos a interesarnos por los otros, a querer escucharnos. Algunas leyendas incaicas cuentan que un hombre quiso retar al hijo primogénito del aún no nacido Pariacaca. Me pregunto si esa soberbia fue la causante el mal de altura que padecimos los primeros días. Cualquier mínimo plan preconcebido, para realizarse durante nuestra estancia de diez días, tuvo que ser replanteado.

Los participantes comenzamos a hacer intentos para comunicarnos con el Nevado, aunque nuestras acciones parecían carecer de sentido: Un hombre infló cada día globos gigantescos que el Apú recibió con alegría y de inmediato los liberaba o los hacía estallar de gozo. Otra mujer viajó varias horas montada sobre cien sillas apiladas en una motocicleta, llegó a un paraje desde donde podía mostrarle a Apu su hazaña y luego emprendió su regreso. Otro más sugirió ofrendar al hijo primogénito de quien quisiera participar, después de bailar varias horas frente al Nevado, se colocaron las representaciones de esos niños en un altar improvisado con piedras. Otros ofrendaron vapor, huesos, animales exóticos artificiales, dibujos que desaparecían con el aliento y un hombre construyó un artefacto para que el Pariacaca hiciera música a su antojo, otros colocaron espejos para reflejar su belleza y alguien talló un asiento en la piedra para sentarse a contemplarlo, desde la cocina se le ofrendaban los olores perfumados de guisos y animales sacrificados en su honor, nosotros intervenimos el aire

ampliando nuestras voces y las de los otros por medio de una estación de radio efímera con la idea de hacernos escuchar por el Apu. Algunos hicieron esfuerzos físicos tremendos otros contemplaron el paisaje hasta quedar absortos, todos con la intención de pedirle al Apu Pariacaca el milagro de salvarse a sí mismo.

Llegó el día que tuvimos que recoger nuestras cosas y volver. La anciana de Tanta tuvo razón, el perfume hizo nuestra vida mas tolerable; también nuestro vecino tuvo razón, beber agua caliente del termo del poeta Westphalen nos brindó el silencio necesario *para abrir por fin rendijas en la pared del tiempo* y traer, con el permiso del Apu Paricaca, un testigo de nuestra expedición: Una piedra que habla.

Gabriela León